

TETA DE AGUA

Waterteat.

*Antonio Gómez**

*Profesor de Antropología y de Historia de las Religiones, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Antropólogo, Universidad de los Andes. Magíster en Historia y Cultura de India de El Colegio de México. Profesor de Historia y Cultura de América Latina, La Escuela Superior de Economía, Helsinki, Finlandia. Jubilado desde 2007, se dedica a escribir sus memorias. angomodi@gmail.com

El arroyito descendía raudo por el estrecho cañón desde las frías alturas de los cerros de Motavita. Allí donde terminaba la pendiente parecía detenerse para tomar aliento antes de continuar su camino cuando encontraba el suave desnivel del recodo que le hacía tomar un giro de noventa grados. Entonces, mientras tomaba un rumbo nordeste se aquietaba para formar un pozo profundo: el Pozo de la Nutria. Nadie que yo haya conocido recordaba haber visto jamás uno de aquellos vivaces y rápidos mamíferos de las aguas dulces. Pero su nombre dejaba claro que en épocas ya remotas hubo nutrias en esos parajes. Lo que sí alcancé a conocer era la riquísima variedad de fauna y flora que flanqueaba el curso de las aguas cristalinas, en cuyo lecho pululaban pececillos, renacuajos, ranas y cangrejos. Golondrinas, copetones y pichonas revoloteaban por entre las ramas y surcaban los aires. Libélulas y mariposas multicolores revoloteaban entre las ramas y por el suelo se movían, grillos, saltamontes, ciempiés, arañas, hormigas, lagartijas y pequeñas e inofensivas serpientes en una abigarrada expresión de vida y naturaleza.

La tierra olía a humedad, a vegetación, a hierbabuena, a flores, y sobre todo, a musgo que como suave y denso tapete bajo la espesa vegetación de la pendiente del cerro hacía delicioso caminar descalzo sobre él, todo con ese frescor que tiene la vida en su estado prístino. Había zancudos y también mosquitos emboscados en medio de los matorrales que te atacaban sin piedad, y había una especie de mosca que no he conocido en ningún otro lugar: vista al vuelo no podría distinguirse de las especies comunes en la región, hasta que se posaban sobre tu piel: entonces podías verle sus seis patas negras que terminaban en minúsculos coloraciones intensamente amarillas, curiosos calcetines que como hermoso uniforme identificaba al insecto hematófago y a las que tenías que espantar presto si no querías recibir una molesta picadura que producía ronchas e inflamación, y en el caso de mis hermanas, dolorosas ampollas que se llenaban luego de agua.

Justo en el comienzo de la falda del cerro, y casi confundida con el lecho del arroyito, había una fuentecilla de agua termal brotada de las profundidades de la tierra, alimentada por

corrientes subterráneas que alguna relación geológica debían tener con el volcán que a finales del siglo brotó a algunos kilómetros de allí en el cercano caserío de Chíquiza. Junto a ella se construyó una piscinita con el ingenuo propósito de dotar a la fría Tunja de un lugar donde poder bañarse con agua “tibia”, después del piquete que se comía debajo de los arbolitos y acacias que salpicaban la orilla derecha de la cañada.

Nos bañábamos en el arroyito. Capturábamos cangrejos que los más osados asaban en las brasas de la hoguera donde se cocía el piquete y que sazonados con sal eran un manjar exquisito.

Ya adulto, a mediados de los años setenta, volví a aquel paraje con la intención de mostrarles a mis hijas ése que había sido un paisaje de recuerdos de mi infancia a mediados de los años cincuenta y para bañar a mi perra en el Pozo de la Nutria. Para mi sorpresa, se había construido una carretera que me permitió llegar en camioneta hasta el recodo mismo, cuando en el pasado aquel sitio parecía estar aislado, protegido y casi secreto. Solo habían transcurrido unos veinticinco años desde la primera vez que había estado allí. Sobrecogido de sorpresa, de desaliento y de frustración, percibí la ausencia de fauna en el agua y lo turbio del cauce en el que ya no se veían pececillos, ranas ni cangrejos y en el aire ya no había mariposas ni libélulas. Habían desaparecido los cucarrones y los saltamontes, y donde antes olía a naturaleza y frescor, campeaba ahora el hedor de lo que decae en medio de una erosión que afeaba el paisaje. Entonces comprendí que los pesebres de navidad y las coronas para los entierros se alimentaron durante décadas del precioso musgo que protegía la capa vegetal ahora desaparecida y con ella las plantas que abrigaban a multitudes de especies de insectos. Tengo entendido que en esos parajes se han construido barrios modernos, por lo que puedo imaginar que el declive natural ha invitado a los ingenieros a construir allí canales para las aguas fecales. Y del arroyo prístino y de la belleza natural solo ha de quedar el nostálgico recuerdo de nombres que para las nuevas generaciones no deben significar mucho: El Pozo de la Nutria en Teta de Agua.

Helsinki, 21 de agosto de 2013